

timada, balbuceaba: "la tumba me sorbe....."

Una vida de contrariedades y sufrimientos había concluido: una estrella más centelleaba en la pequeña pero brillante constelación del arte patrio.

La víspera de la muerte del autor de *El Cid*, á quien en vida los franceses llamaban el *gran Corneille*, no había para comprar medicinas: fué preciso que Luis XIV le enviase 200 luises. Cuando murió Diéguez, no había dinero para su entierro: fué necesario que la Junta del Colegio de Abogados enviase á la familia 200 pesos. La misma Junta, que invitó para las exequias, celebradas ante lucida y numerosa concurrencia, mandó cubrir el mausoleo del poeta, situado frente á la capilla del antiguo cementerio, con una lápida que lleva esta leyenda:

#### EL COLEGIO DE ABOGADOS.

AL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA  
DE DERECHO TEORICO-PRACTICO  
LIC. D. JUAN DIEGUEZ.

GUATEMALA, JUNIO 28 DE 1866.

R. Y. P.

Cerna concedió una modesta pensión á la viuda y á los huérfanos menores de edad, Domingo, Luz, Juana, Rosario y Dolores; pensión que prorrogó por algunos años el caudillo del 71: García Granados.

V

Al leer sus poesías se comprende que Diéguez describe con sinceridad sus propias impresiones: que lo que pinta lo ha visto, que lo que dice lo ha sentido y amado. La de-

licadeza de sus sentimientos, la corriente de sus desventuras que le hacían ávido de allegar á los labios sedientos la copa espumosa de la dicha, hubieron de llevarle á buscar en el seno vivificador de la naturaleza la felicidad cuyo secreto sólo ella posee, sin que nadie pueda arrebatárselo; y allí ha aprendido á amarla, y amándola á sentirla y describirla; y la naturaleza ha sabido corresponder ese amor, vertiendo la inspiración en el alma del poeta que se abismaba al contemplar los objetos de la creación, para recibir impresiones y transformarlas en tierna y celestial poesía, como las abejas revolotean de flor en flor para lamer el néctar de que labran su sabrosa miel y revolcarse en el polen de que forman sus delicados panales.

De ahí ese tinte nacional de las inspiraciones del vate y su carácter de originalidad americana. Leed *El Verano en Guatemala*, *El Bosque*, *El Pino seco*, *Los Cuchumatanes*, *Las tardes de abril*, *La Garza*, *El Gallo*, *El Amante de la Naturaleza*, por ejemplo, y sentís que estáis en América, oyendo á un cantor enamorado de las bellezas americanas. Su musa tierna y sentimental parece haber prestado ricos esmaltes á los nacarados y esplendentes arreboles de la luz tropical. En sus versos blandos y cadenciosos se transparenta el alma dulce y sencilla del poeta, que renueva entristecido sus íntimos pesares: las cosas mismas son las que le inspiran, y deja ver en sus admirables descripciones algo que se siente y conmueve. Penetra en la selva virgen para palpitar con vagos estremecimientos y saturarse de esencias misteriosas, y cree que su planta invasora es la primera que holló el santuario secular del bosque:

Crudos filos del hacha destructora  
Mutilaron jamás tu lozanía,  
Ni tu santuario holló planta invasora  
Antes acaso que la planta mía.....  
Ve  
De un muerto pino el pálido coloso,



Que mustio y silencioso,  
En la selva descuella

Y suspira,

Mirando el pino,  
Porque el destino  
Con furor ciego,  
También *su* corazón ha desolado,  
Marchito y destrozado,  
Como al árbol el fuego.

Contempla las aguas azules del lago á cuyos bordes se  
detiene para meditar y refrescar con sus brisas la soñadora  
cabeza, y la garza, imagen de pesar y de inocencia, interesa  
vivamente su corazón:

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,  
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?  
Comprendiste mis votos y mis ansias,  
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta,  
Oculto se te acerca entre los sauces...  
¡Ay de tí... Ya te apunta... Ya la muerte  
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálido la llama,  
Las ondas salpicando, el plomo cae,  
Vuelas tú, yo respiro y el estruendo  
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza  
Tus blancas plumas que en el aura esparce,

Que un breve instante en el espacio giran,  
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,  
Ógalos siempre así, siempre te guarde;  
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera!  
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero  
De feroz cazador, talvez más tarde,  
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma  
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo leve juguete del destino  
Cual la hoja de sañudos huracanes,  
Yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,  
Yo, pobre alción en agitados mares.

Yo de tu lago vagabundo huésped  
He de faltar también, talvez más antes,  
La última sea acaso que mi planta  
Huelle la florecilla de estas márgenes.

Talvez mañana por lejanos climas  
Huyendo vaya de la ley del sable,  
Si estas montañas, de la paz asilo,  
También atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,  
Dónde la suerte nos echó inconstante?



¿Qué fué de la garzota inmaculada;  
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago  
Vagaba un tiempo al declinar la tarde  
Que en las someras raíces se asentaba  
De este frondoso y corpulento amate.

O en lo más alto de las altas cumbres  
Por la ancha brecha que los montes parte,  
Allá en el horizonte delineados,  
Gustaba contemplar sus patrios Andes!

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves,  
Que la onda trajo y que los vientos barren?  
Tú y él borrados de la leda estancia,  
Ella por siempre quedará inmutable.

Pero donde se revela más en nuestra patria América, es en ese delicioso panorama de las *Tardes de abril*, en el que la belleza rivaliza con la naturalidad y la sencillez, sin sombras de artificiosa retórica ó importunas reminiscencias históricas; del gusto y sabor de nuestros días, sin los Batilos ni las Galateas de la poesía bucólica ya olvidada de Meléndez Valdés: las primeras gotas de lluvia caen sobre el suelo sediento: se oye el balar de los corderos y el dulce gemir de las madres, siempre tiernas, porque son madres: se aspira el perfume del melífluvo *suquinay*, de las pintadas flores de cruz, de las ebúrneas floripundias: la pradera está verde, salta el becerrillo, brama el toro, zumban los insectos, trinan los pájaros, se duelen y querellan las tórtolas; y todo lo que gorjea y canta, todo lo que palpita y vive, todo lo que ama y siente, envuelto en el éter cargado de esencias, al son de las auras, entre los diáfanos vapores de

la tierra y los encendidos arreboles del cielo, está ahí, en una deliciosa tarde de abril, para celebrar en mística sinfonía el *hosanna* de la creación, el poema de Dios, el pomposo himeneo de la naturaleza!

Pero gocemos de ese idilio:

¡Oh que dicha el vagar por las campiñas,  
Apagado el hirviente pensamiento,  
En dulce libertad, al fresco viento,  
Cuando toda la tierra es un pensil;  
Y alegre el inocente conejillo  
Con los truenos y lluvias tempraneras,  
Gusta salir del soto á las praderas,  
En las tardes bellísimas de abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,  
De verdor, de armonías y de flores,  
En que velan del sol los resplandores  
Las nubes con suntuoso pabellón:  
En que retumba en lontananza el trueno,  
Cual voz doliente que exhaló natura,  
Que se escucha con plácida tristura,  
Que trae algún recuerdo al corazón.

Tardes en que, cual lágrimas de amores,  
Ricas gotas despréndense del cielo,  
Que refrigeran el sediento suelo,  
Que al lozano verdor dan brillantéz:  
Tardes ricas de vida y de belleza,  
De reclamos y trinos de las aves,  
De frescas auras y de olores suaves,  
Tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,  
De diáfanos vapores y nublados,



De negros nubarrones perfilados  
De oro y azul y espléndido arrebol;  
En que trasciende la regada tierra;  
De las rosas el humo al cielo sube,  
Y se ve sobre el fondo de la nube  
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,  
De escarlata el granado se salpica,  
La pasionaria de verdor tan rica  
Tiende á Flora fresquísimo docel,  
Y la columna del esbelto dátil  
Tapiza la *pitahaya* trepadora:  
Con lujosos florones la decora,  
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,  
Las auras enriquecense de aromas,  
De tierno césped la llanura y lomas,  
La verde *chilca* de amarilla flor:  
La madre tierra al fecundante arado  
Sus campos cede ya, los mas floridos,  
Con sus lirios, de púrpura vestidos,  
Que á Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles  
Soñolientas las auras se adormecen,  
A los pimpollos lánguidos remecen  
De cuando en cuando y á compás igual:  
Y si el nublado sol sus velos rasga,  
Los campos dora, la arboleda brilla,  
Y una luz temblorosa es cada hojilla,  
Destilando su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,

Sus anchos abanicos la palmera,  
Y sacude la verde cabellera  
El desmayado lánguido saüz:  
Se ostentan las pomposas *fioripundias*,  
Que cual ebúrneas campanillas penden,  
De albura ricas y de olor trascienden,  
Y el *trébol* y las *flores de la Cruz*.

Y en balsámicas ráfagas envía  
Blanda esencia más suave que la rosa,  
Como la rubia miel dulce y sabrosa,  
El melífero silvestre *suquinay*;  
Y el colibrí de lindos tornasoles  
De flor en flor revuela susurrando,  
Y en torno de ellas con rumor más blando  
Mil abejas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos  
Que de la tierra humedecida brotan:  
Caen, vagan, se agitan, se alborotan  
En mil revuelos, con susurros mil;  
Y con rudos conciertos los reptiles  
Aturden incansables los pantanos,  
La fresca lluvia saludando ufanos,  
Festejando el regreso del abril.

Seguido de su lúbrico serrallo,  
Con marcial arrogancia y donosura,  
Trota el joven sultán de la llanura,  
El alazán de belicoso ardor:  
La grey balando por la verde falda  
Baja en tropel al son del caramillo,  
Y el estropeado tierno corderillo  
Bala también en brazos del pastor.



El ganado tapiza el verde cesped,  
 Los montes atronando brama el toro:  
 Su voz los ecos, cual clarín sonoro,  
 De monte en monte repitiendo van;  
 Y enarbolando las pintadas colas  
 Saltan los becerrillos por los prados,  
 A otros balar se escuchan encerrados  
 Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,  
 Silva la codorniz, canta el *jilguero*,  
 Y á las nubes saluda el *clarinero*,  
 Esponjando el plumaje de turquí.  
 ¡Con qué ternura los *cenizotes* trinan!  
 ¡Cuán blandos se querellan y se duelen!  
 Ya en la arboleda lamentarse suelen,  
 Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando  
 Que esos tiernos alados trovadores,  
 Las silvestres palomas sus amores,  
 Repitiendo: *mi amor sólo eres tú*;  
 Y con inquieto afán y amante anhelo,  
 Perdidas en lejanas soledades,  
 Responden las ternísimas mitades:  
*Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.*

Himno de amor, divino epitalamio  
 Del pomposo himeneo de Natura  
 Es el abril, de rica galanura,  
 Fiesta nupcial de la inmortal Creación:  
 Lira de Dios, modelo de belleza,  
 Que admira el vate y remedar no sabe,  
 Porque en su lira no hay la voz del ave,  
 Ni es aura del vergel su inspiración.

¡Oh qué dicha es vagar por las campiñas  
 En dulce libertad, al fresco viento,  
 Y apagado el hirviente pensamiento,  
 Tanta fiesta gozar! ¡Sólo gozar!  
 ¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo  
 Por lluvia del abril vuelve bañado,  
 Pensando lo que piensa su ganado!  
 ¡Oh qué dicha, qué dicha es no pensar!

Y todo eso es verdad. Realidad y poesía, creación de Dios y creación del poeta, poema viviente y verbo, luz y calor, idea y sentimiento. Es fotografía de mano maestra, animada, riente de la naturaleza ardorosa, amante, vestida con el ropaje eternamente primaveral de nuestra virgen América.

Tomad cada estrofa, cada verso, y encontraréis un cuadro animado. Todo el que ha sentido la mente fatigada por la meditación que caldea el cerebro, ha sentido también la profunda verdad fisiológica del *pensamiento hirviente* que anhela aire oxigenado y puro. Qué sencillez y verdad de cuadros:

Y enarbolando las pintadas colas  
 Saltan los becerrillos por los prados,  
 A otros balar se escuchan encerrados  
 Y á las madres mugir con tierno afán.

.....  
 Y á las nubes saluda el *clarinero*,  
 Esponjando el plumaje de turquí.

Qué recuerdo onomatopéyico aquél de la amante tórtola:

Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú,  
 (Currucucú, currucucú.)



Hasta se llega á perdonar en gracia á tanta belleza el re-  
truécano

*Pensando* lo que *piensa* su ganado,  
que trae á la memoria

Y en tanto las pobres mulas  
Pensando están en que piensan,

de Mesonero Romanos en *El Coche Simón*. ¡Cuánta niti-  
dez campestre en dos renglones!

La grey balando por la verde falda,  
Baja en tropel al son del caramillo.

Y después de hacernos gozar, sólo gozar, el poeta, al re-  
concentrarse en sí mismo, comprende la profunda tristeza  
de la sabiduría humana en este pensamiento parafraseado  
más tarde por José Selgas:

Qué dicha, qué dicha es no pensar! (19)

La observación de la naturaleza le hace espiar el momen-  
to precioso de los seres, para retratarlos, derramando en  
ellos la nobleza del alma y la ternura de sus sentimien-  
tos. Después de cantar la primavera silvestre, canta tam-  
bién la primavera humana en *La Pubertad*, precursora de  
la juventud, y lo hace con tal delicadeza, tal gracia é inge-

[19] Selgas escribió: ¿Por qué la sabiduría del hombre está tan llena de  
tristezas? ¿Por qué ha de estar la experiencia tan llena de amarguras? ¿Por  
qué esta civilización presuntuosa está tan llena de desastres? En una pala-  
bra: si lo sabemos todo: ¿cómo no sabemos ser dichosos?

nidad, que su canto puede considerarse como una res-  
puesta afirmativa á esta pregunta del Conde de Buffón:  
¿Podremos describir esa edad con circunspección bastante  
para no despertar en la imaginación sino ideas filosóficas?  
He aquí algunas de esas bellas estrofas:

Dulce niña, ¿qué fué de tu alegría?  
Bajo el olmo el columpio abandonado,  
Ya no á mecerte vas:  
Ya curaras si el viento es más osado,  
Si tus ondeantes velos alzaría  
Línea menos ó más.

¿Y tu amable abandono, qué se hizo?  
Tu abandono, infantil tan inocente,  
¿Dónde, oh niña, quedó?  
Ya le dejaste en la primera fuente,  
Que te hizo ver tu juvenil hechizo!  
¿En la fuente se ahogó!

Que asientas ya el cabello descuidado  
Con el agua de límpido arroyuelo,  
Que atraviesa el jardín;  
Sobre el seno te anudas limpio velo,  
Y á la linfa consultas el tocado,  
Que remata un jazmín.

Ya en paz dejaste tórtolas y nidos:  
Ya no más, con la falda á la rodilla,  
Metida en el raudal,  
Atrapas en tu leve canastilla  
Pececillos de plata revestidos,  
Que habitan el cristal.